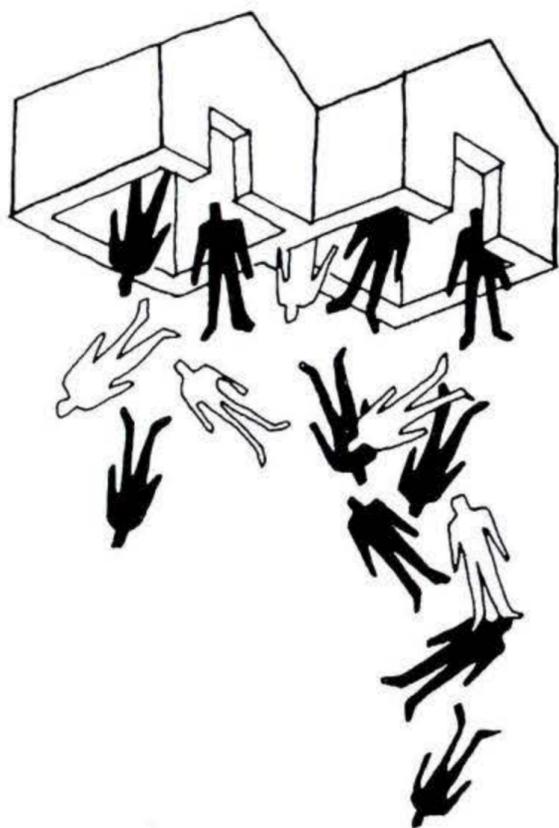


en Estados Unidos, no les ha servido para escribir mejor, o para dar un paso más allá.

Un relato bien escrito el de Jaime Manrique (Barranquilla, 1949). Se llama *El día que Carmen Maura me besó* está ubicado en Nueva York y narrado en primera persona. Es un relato referido a Colombia, a nuestra violencia. Una narrativa ágil y sutilmente divertida, donde lo importante no es lo importante, ni Carmen Maura, ni el cine, ni el beso, porque lo verdaderamente importante es lo inesperado.

Un cuento distinto porque rompe con esa clásica manera de contar es *La esquina del movimiento* de Armando Romero (Cali, 1944). Es un texto poético, escrito de forma diferente, narrado en primera persona. El oficio del protagonista es el de informador, y así entra en la oscuridad de la noche, de su noche, para traer un recuerdo de niño, de hombre, de macho, de fantasma, que se mezcla con sus sueños. La relación con una mujer, misiá Herminia.



Un cuento bonito, el de Miguel Falquez-Certain (Barranquilla, 1948). *El rostro Evanesciente*, una mujer anciana—sola y abandonada— desde su lecho de muerte donde se pudre narra su vida a manera de diario. Otra voz interviene para contar la vida de ella en forma

periodística, es una recolección de datos o rumores. Voces que se intercambian para dar cuenta de su vida. Una mujer que ama a las mujeres, que nunca quiso casarse con varón alguno y que tuvo siempre, hasta ancianita relaciones amorosas con mujeres. Aquí no sólo es bella la historia por lo del amor, sino la forma, el ritmo y la alacridad de la manera de contar. La pureza de lo simple.

Una narración diferente la de Tomás González (Medellín, 1950) en *Víctor viene de regreso*. La situación se desarrolla en los Estados Unidos. La narración lenta y muy sencilla presenta dos tiempos: un pasado y un presente. En una atmósfera de una soledad muy grande, se asienta una historia triste y violenta, de un pasado que regresa pero sin regreso. Y él está solo.

Cuento muy feo el de Silvio Martínez Palau (Valle, 1954). *Papel higiénico* se llama, ya su nombre lo dice todo o casi todo. Intenta ser chistoso pero es vulgar. En él, el lenguaje castellano está muy maltratado, astroso, no con intención sino con descuido. El tema es el maltrato y el abuso por parte de los gringos a los inmigrantes; en este caso el meollo del asunto es cuestión de aseo. La persecución a los sucios.

Freda Romero de Mosquera (Barranquilla, 1960), nos habla en *La rendija* de la violencia y el deseo. Eros y Tánatos. Una historia interesante pero terrible, nueva por estar ubicada en una atmósfera de fin de siglo, violenta, y vieja por ser la eterna historia de la soñadora de fantasías. El placer y la muerte.

También sobre violencia escribe en *Aroma de muerte* Heriberto Fiorillo, (Barranquilla, 1952). Es casi un guión cinematográfico, lento, descriptivo, estacionario, con una trama que no parece conducir a ninguna parte. Y Vicente Trezza, (Barranquilla, 1932) en *El clarinete de José Delito*. Narrado por la voz de un niño con todas las atrocidades de que es capaz de hacerlo un chico. En primera persona, relata la vida de un personaje que amaba su clarinete y que odiaba y hacía daño al resto del mundo. Horror y realidad.

Respecto al fragmento de novela de Luis Zalamea (Bogotá, 1921), correspondiente a *A la otra orilla del perdón*,

escasas nueve páginas son apenas una muestra de una narración despaciosa, rica en descripciones de la vida cotidiana y de un ambiente bien logrado de inmigrantes latinos, donde el protagonista, Angel Delfín, con apenas 55 años pero que ya parece un viejo, reflexiona sobre su vida, y tal vez sobre lo que es el tema de la novela, y donde la voz que narra interviene para enfatizar más de la cuenta, que son latinos en U.S.A.

Escojo para reseñar los textos más significativos, el resto cae en el montón que aumenta tanta literatura para los estantes, y para los variados gustos. Los autores, cuyas biografías aparecen al final del libro y cuyos nombres no aparecen en la cubierta, han hecho, en su mayoría, estudios de literatura, están dedicados a ella y de alguna manera, a pesar de ser inmigrantes, están vinculados profesionalmente a la actividad literaria. Casi todos tienen más de dos volúmenes publicados y una trayectoria como escritores tanto en Colombia como en el exterior. Lo que sí es irremisible y siento decirlo, viejo vicio de las publicaciones de Colcultura, son los errores de impresión.

DORA CECILIA RAMÍREZ

Telaraña de caminos

Descubrimientos y caminos de los Llanos Orientales

Roberto Velandia

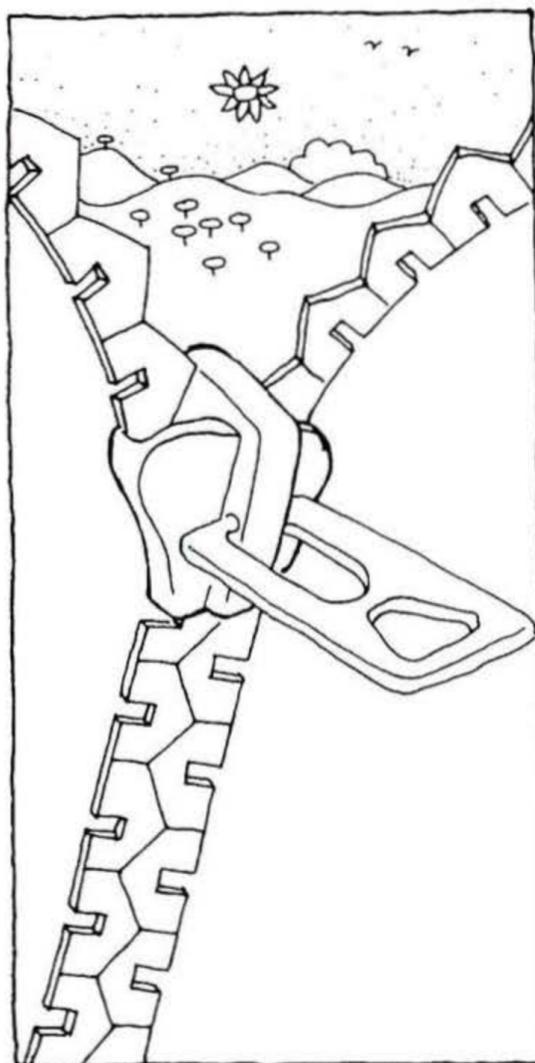
Colcultura, Santafé de Bogotá, s.f., 304 págs.

Durante el último decenio se ha presentado un crecimiento impresionante del interés acerca de temas relacionados con la historia de los Llanos Orientales. A nivel regional se crearon el Centro de Historia de Casanare y el Centro de Investigaciones Históricas de Arauca, los cuales acompañan a la venerable Academia de Historia del Meta en la lucha por preservar la historia local. Simposios internacionales "sobre historia de los Llanos Colombo-Venezolanos" que se realizaron

en Villavicencio en 1988, Yopal en 1990 y Arauca en 1992 han reunido historiadores y científicos sociales de Colombia, Venezuela, España y los Estados Unidos para compartir las investigaciones en una amplia gama de temas¹. Entre las excelentes monografías que se han publicado figuran *Los compañeros de Federman: cofundadores de Santafé de Bogotá* (Bogotá, 1990) por J. Ignacio Avellaneda; *Indios, colonos y conflictos: Una historia regional de los Llanos Orientales 1870-1970* (Bogotá, 1991) por Augusto Gómez y *Villavicencio: Dos siglos de historia común* (Villavicencio, 1989) por Nancy Espinel Riveros. A pesar de toda esta actividad, o posiblemente debido a ella, aún falta que se desarrolle un sentido de síntesis histórica para poder comprender la evolución de la región como un todo. El distinguido historiador Roberto Velandia presenta la clave para que ésto se logre en su libro *Descubrimientos y caminos de los Llanos Orientales*. Indicando que la nación colombiana se formó sobre una telaraña de caminos, los cuales fueron la necesidad primordial del país, argumenta que fue precisamente la falta de caminos lo que aisló a los Llanos Orientales del resto de la extensión geopolítica del país desde los tiempos de la Colonia hasta mediados del siglo XX (pág. 71).

Los materiales reunidos por Velandia en archivos, registros gubernamentales, relatos de viajeros y obras publicadas con anterioridad, indican que esta falta de caminos es tanto el resultado de la difícil topografía como del fracaso de los gobiernos en los proyectos de construcción. El libro, que es ante todo una colección de documentos, empieza con una sección corta sobre el descubrimiento del río Meta y el Orinoco y la expedición de Jiménez de Quesada de 1570 en busca de El Dorado. La mayor parte de las fuentes corresponden a planes para construir carreteras de las montañas a los Llanos, en el siglo XVIII, comenzando por el proyecto propuesto por Enrique de Alvarado en 1759 en torno a la Real Expedición Demarcadora de Límites con Portugal, complementadas por relatos de viajes escritos por José Solano (1765) y Antonio de la Torre Miranda (1782-1783). Los proyectos más notables del

siglo XIX incluyen el camino nacional del Meta; el camino Gachetá-Gachalá-Medina; los caminos a San Martín y Casanare; la navegación a vapor en el río Meta y los planes malogrados de construir un ferrocarril de Bogotá al río Meta. El libro termina con reproducciones del importante censo de la Provincia de los Llanos en 1776 y cinco mapas regionales antiguos —todos tomados de los originales provenientes del Archivo Nacional—.



La mayor parte del material habla por sí solo. Por ejemplo, la sección sobre el camino nacional del Meta contiene el texto de la Ley del 16 de septiembre de 1867 por medio de la cual Cundinamarca cede el territorio de San Martín al gobierno federal; la descripción de Emiliano Restrepo Echevarría del camino y la propuesta para una nueva ruta, ambas tomadas de *Una excursión al territorio de San Martín (1869-1875)*; el debate de Rufino Gutiérrez en cuanto al progreso en la construcción del camino, publicado en sus *Monografías (1920)* y los informes oficiales sobre los trabajos adelantados,

los cuales se incluyeron en la Memoria del Secretario de Hacienda y Fomento en 1870. A su debido tiempo, sin embargo, Velandia nos ofrece discernimientos sugestivos. Indica que durante la Colonia y el siglo XIX hubo más caminos a los Llanos que los existentes hoy en día, debido a que los ganaderos arreaban a su ganado por cuestas muy pendientes inaptas para un tráfico más general (pág. 227) y que las comunidades con frecuencia se enfrentaban entre sí para conseguir que un camino atravesara su pueblo (pág. 110). Velandia argumenta que la incapacidad para establecer un servicio de navegación seguro en el río Meta fue uno de los mayores contratiempos en el desarrollo de los Llanos. (pág. 149) y señala cómo la terminación de la carretera entre Bogotá y Villavicencio en 1936 sentenció a muerte cualquier posibilidad de construir un ferrocarril entre estas ciudades (pág. 291).

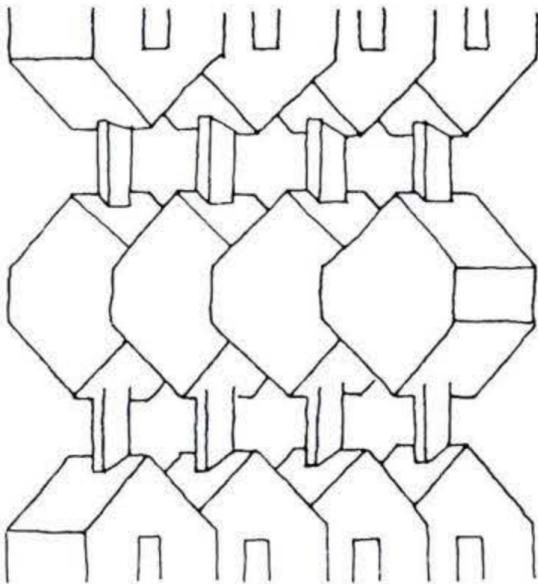
Para el especialista, lo más valioso del libro está en las reproducciones de relatos como la "Exploración de Antonio de la Torre Miranda, 1782-1783", la descripción de Alfredo Ortega sobre "El Camino del Meta" (1915) que habían sido sepultadas en periódicos inaccesibles. Entre sus limitaciones se puede citar la selección de algunos materiales al azar y la omisión de algunos documentos importantes sobre la construcción de caminos como el "camino al Sarare", promovido durante décadas por los residentes de Norte de Santander y Arauca como una alternativa para unir Arauca con Pamplona y Cúcuta y así evitar el pago de peajes hacia Venezuela. Una bibliografía habría sido útil, así como un mapa indicando la ubicación de los caminos descritos.

En cuanto al lector común, desde luego que Velandia ha cumplido con su propósito de presentar "Bellas páginas descriptivas de libros de viajes por el país [...] en las que nos dicen cómo eran los caminos reales, las poblaciones y las gentes que a lo largo se encontraban" (pág. 19). Documento tras documento revela el temor reverencial del viajero, explorador u oficial ante el encuentro con la grandiosidad de los Llanos que se extendían más allá de la cordillera y el optimismo sentido por casi todos ellos en cuanto al futuro

promisorio de la región. Los viejos caminos adquieren vida a través de estos relatos "como un testimonio de un pasado que comparten el Imperio Español en América y las nuevas repúblicas hispanoamericanas, porque fueron medio de expansión del primero, y conducto formativo y de unificación de las segundas" (pág. 19).

JANE M. RAUSCH
Traducción de Francisco Ruiz

¹ Los trabajos presentados en el Primer Simposio de Historia de los Llanos Colombo-Venezolanos se han publicado en un volumen titulado *Los Llanos: una historia sin fronteras*. Villavicencio: Academia de Historia del Meta, 1988.



Los autobiógrafos abusivos

César Rincón: de Madrid al cielo
Javier Villán
Espasa-Calpe, Madrid, 1992, 306 págs.

"Yo era un chaval esmirriado, enteco, delgaducho. Nací en una de esas barriadas, todas iguales, que se extienden bajo esos cerros bogotanos y esas nubes de bordes brillantes y nacarados y panza cenicienta en invierno... Y me llamásteis Julio César. Nombre de emperador... El jergón era tan estrecho

que apenas cabíamos todos los hermanos en él... Mi padre no permitía chapuzas, desde luego, pero, ¡vamos!, todos le timaban a porfía, al pobre fotógrafo bucaramangués, de la provincia de Santander, que hubiera sacado el dinero de donde hubiera sido menester para darnos lo que tanto queríamos... y hoy me acongoja pensarlo: salíamos por las calles, en un carrito, a vender decol (una especie de lejía que las mujeres usaban para blanquear la ropa)... Pero yo sabía que iba para torero y no para licenciado. Un buen día tomé un *jersey* como muleta y me lancé al ruedo, mientras el dueño de la hacienda invadida nos gritaba "¡Como os subáis a la tapia, llamo a la Guardia Civil!", eso cuando no nos repartía una buena paliza. Entonces arreciaban los cantazos sobre los chavales y el hombre seguía en sus trece... Un día me dieron un traje muy apañadico. Si vieras, mamá, cuando el toro va a por tí, sientes que el triunfo es un albur, un dado lanzado al aire. El otro día junto con Sandra, mi novia guapa, nos dirigimos en un coche al Ayuntamiento de Santa Fe de Bogotá y recordé las tantas veces que me han subido en volandas...".

Detengámonos. No se trata de una versión hispana de una novela de Dickens; no se preocupe el lector: simplemente estoy abusando de César Rincón, esto es, estoy consignando sobre el papel mi interpretación —también abusiva desde luego— del relato que encontré en este libro. Se trata nada más que de un ejercicio de composición en estilo peninsular, pero, eso sí, asevero y doy fe que todas y cada una de las expresiones utilizadas en tan infeliz parodia proceden (supuestamente) del autobiógrafo, César Rincón, el del barrio Fátima. Bueno, acaso exagero, porque aquello de la "Guardia Civil" era en realidad dicho de un viejo cascarrabias, español de pura cepa, que vivió en Colombia; es, por lo demás, lo único de lo escrito hasta ahora que parece provenir de los propios labios de Rincón. ¿Qué pensar entonces de esta presunta autobiografía y del fantasma abusivo que no ronda por ella sino que se la toma de lomo a lomo con la mayor frescura y descaro?

El *alter ego* abusivo es Javier Villán, un periodista español, que ha empen-

dido, con criterios fácilmente comerciales en su medio, una autobiografía un tanto prematura para un hombre de 27 años. Desde luego se entiende —y tal vez incluso se perdona— que un libro de una colección hispana (en una edición decorosa que en Colombia podría pasar hasta por lujosa) esté destinado a un público no solamente peninsular, sino especializado en un tema que no es para el común de los mortales. Pero bueno es culantro... ¿Qué tal si a nosotros, pobres engendros coloniales, nos diera por traducir a nuestro arbitrio el Quijote? Hasta el más tonto de los chapetones sabe y entiende que César Rincón no es sevillano sino colombiano. ¿Que Rincón no es, ni tiene por qué serlo, un prodigio de expresión verbal? Bueno, hubiera sido más honesto entonces haber utilizado para el efecto a un periodista colombiano, pero no ponerlo a hablar de problemas euclidianos, como lo hace Villán, o hacerle decir, por ejemplo, que Colombia necesita ciertos "revulsivos" ¿Cree por ventura el lector que César Rincón va a saber qué diablos es un revulsivo? Eso me recuerda aquello de Gonzalo Arango en su célebre entrevista a Cochise: "La sublime virtud del campeón radica, precisamente, en su absoluta animalidad, en su poder irracional. Nunca en saber qué diablos es un sufijo, lo cuál sería la ruina de su carrera deportiva...".

El caso del autobiógrafo mercenario tiene entre nosotros algunos ilustres ejemplos. Se me ocurre ahora el de don José Caicedo y Rojas como autobiógrafo del famoso abanderado, el pintor José María Espinosa. El peligro del escritor "mercenario" es que trate de ser más papista que el papa y que escriba en lenguaje rebuscado, no sólo para demostrar que el libro no lo podía hacer nadie más que él, sino para que la prosa del biógrafo responda al espíritu artístico del biografiado.

Ahora bien, César Rincón es un hombre de esos pocos que inspiran una simpatía instintiva a casi todo el mundo. Lo menos que se puede decir de él es que es un hombre sencillo. No cabe duda: si lo que voy a decir existe, entonces César Rincón es un buen hombre. Fuera de eso tiene nombre de torero y su vida es, de todas maneras,